

CÁPSULA MARZO 2016

**Una razón para amar mi miseria –
Carta del SD Luis Ma. Martínez a la Venerable
Concepción Cabrera de Armida**



ALIANZA DE AMOR CON EL SAGRADO CORAZON DE JESUS

Monseñor Luis Ma. Martínez, Arzobispo de México y director espiritual de Conchita durante 1925 a 1937 desarrolla en forma muy elocuente el tema de la misericordia del Padre en una carta que le dirigió a Nuestra Madre. En este Año de la Misericordia vale la pena detenernos en la respuesta sobre la misericordia de Dios que le ofrece Mons. Luis M. Martínez a Conchita, desde de su intimidad y unión con Dios.

Las gracias de Dios y nuestras miserias

“Dice usted en su carta del veintiuno que usted es un enigma para usted misma; para mí no lo es, pues comprendo muy bien ese contraste entre las gracias que Nuestros Señor le ha hecho y que lleva en el fondo del alma, y sus miserias, que, vistas a la luz de Dios, la hacen sentir horror de sí misma.

Con ser mi especialidad, según dicen, la doctrina acerca de las miserias, nuestro Señor me da mayores luces acerca de este punto, lo que quiere decir que todavía no acaba de aprender las lecciones de Dios. ¿Quién acaba jamás de aprender las lecciones de Dios?

Aprendiendo las lecciones de Dios

Yo necesitaba un Dios así, como el mío, que es misericordia infinita. Solamente Él puede aguantarme, puede amarme, puede llenar el inmenso vacío de mi nada y corresponder a mis deficiencias con los excesos de su divina ternura. Solamente Él puede ser atraído por el imán irresistible de mi miseria; solamente para Él puede ser título valioso esa miseria mía para pedirle la invasión de ese amor y la dicha de sus caricias. Yo estoy hecho para Él, y Él está adecuadísimo para mí, como mandado hacer, diré en lenguaje familiar.

Cualquiera que me conociera a fondo, me aborrecería o me despreciaría, y Él me ama sabiendo lo que soy, porque Él es así, un abismo de misericordia. Hace mucho que estudio ese carácter divino de mi Dios, su insondable misericordia, y creyendo conocerlo ya, y hasta temiendo exagerar, al menos prácticamente, esa misericordia, descubro a cada paso, que no la acabo de conocer, que es más grande su misericordia de lo que vislumbro, que es insondable ese abismo que corresponde de maravilla al abismo de mi miseria.

Por eso amo mi miseria, porque, descubre la misericordia, porque la atrae, porque la hace mía, y porque dándomela, me hace feliz, y atrayéndola prepara a esa misericordia una espléndida fiesta. La unión de Dios con mi alma es la fiesta de la misericordia que se encuentra en la miseria, muchas veces se me ha ocurrido expresar esa fiesta con las palabras del salmo: “la misericordia y la verdad se encontraron”, porque mi miseria es mi verdad. Y quizá porque es verdad, ama mi miseria el que es la Verdad. Pero yo sé otras razones por las que Dios ama mi miseria porque en verdad la ama.

¿Por qué ama mi miseria?

La ama, porque esa miseria es guardián seguro del tesoro de Dios en mi alma que es la humildad. Sin ese tesoro, Dios no podría unirse con mi alma, pues la humildad es como la divina adaptación del alma a Dios, de la miseria a la misericordia: cuando Nuestro Señor quiere hacer más íntima su unión con mi alma, necesita hacer más perfecta esta adaptación de mi pequeñez a su grandeza, y para hacerla más perfecta, arranca velos a mi miseria para que aparezca ante mis ojos con su repugnante desnudez y del horror de mi miseria y del esplendor de la luz divina brota el tesoro de Dios, la preciosa humildad que adapta mejor mi alma al amor y a la unión.

Dígame si no amará el Señor a este guardián de su tesoro, a ese instrumento de su acción, a este requisito indispensable casi de nuestra unión. Y si Él lo ama, yo lo amo también, pues es para mi alma el sendero de la vida.

Una razón más secreta para amar mi miseria

Pero hay otra razón más secreta y más dulce por la que Nuestro Señor ama mi miseria y se siente irresistiblemente atraído por ella: porque le brinda la oportunidad, la exigencia de venir a mí, de amarme, de curarme, de consolarme y de acariciarme, porque cuando se ama como Dios ama, no se puede curar ni acabar por acariciar y aun la misericordia cura y consuela acariciando, porque todo lo hace en función de amor.

Cuando el alma siente su miseria, clama al Señor, de las profundidades del abismo; se diría que se convierte toda el alma en grito, en clamor, y Dios no solamente la oye, sino que viene con todos los tesoros de su misericordia, con toda la plenitud de su amor. Y para Él, es una fiesta venir porque "sus delicias están con los hijos de los hombres" y es una fiesta llenar con su plenitud el vacío casi infinito de nuestra nada, y curar con sus caricias nuestras llagas repugnantes, y consolar nuestra honda tristeza con la inefable delicia de sus besos de amor.

Tan preciosa es la miseria, que el alma no debe encontrarse a sus anchas sino en ella, ha de buscarla como un tesoro, como lo único suyo, y como su único título al amor, a la unión, a la felicidad.

Una comparación para explicarme

Hace algunos días Nuestro Señor me dio a conocer esto de manera clarísima por medio de una exacta comparación. Cuando el alma recibe gracias especiales de Dios, y sirve de instrumento a la acción divina y aun realiza maravillas en las almas, es semejante a un actor que representa en el teatro a un gran personaje; se engalana con las vestiduras propias de quien representa, y toma la actitud y acento de aquel personaje; pero pasa la representación, y el actor se despoja de aquellas ricas vestiduras y toma las suyas, quizá a sus harapos y vuelve a ser como él es, con su manera ordinaria de hablar y de obrar; y con sus harapos lo aman las personas que lo aman y así gustan verlo más que con sus galas de la representación.

Así el alma engalanada con las gracias de Dios, desempeña la función que Dios quiere: es instrumento de la acción divina, obra en las otras almas o simplemente sirve al Señor en sus tratos íntimos radiante de luz divina, enriquecida con celestiales galas; pero, apenas pasa el momento solemne, devuelve al Señor sus gracias y dones y vuelve a revestirse de sus harapos y se queda con sus miserias.

Y así está contenta, a sus anchas, y así la ama el Señor; y de tal suerte atraen a Dios aquellos misteriosos harapos del alma, que el corazón divino no acierta a resistir, y viene hasta el fondo de aquella miseria que lo atrae, y el misterio divino se realiza, la misericordia y la verdad se encuentran, y en aquella fiesta inefable, Dios vuelve a enriquecer el alma; y esta devuelve al Señor sus dones para revestirse de sus harapos, y el ciclo de la humildad y del amor se sigue recorriendo por Dios enamorada, y por el alma anonadada.

¡Si comprendiéramos, practicáramos y viviéramos esta [enseñanza], especialmente los sacerdotes que somos ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios!

¿Un enigma ante los propios ojos?

*No vaya a pensar que le he escrito todo esto, únicamente por el placer de escribirlo, o para buscar un desahogo; lo hice, sobre todo para que meditándolo y penetrándolo usted deje de ser enigma ante sus propios ojos, al menos en parte. No me extraña, después de lo que acabo de exponer que usted sea repugnante a sí misma y sin embargo, atraiga irresistiblemente a Dios, que sea muy áspera y tosca cruz, pero cruz preciosa porque en ella está Jesús, y en ella se inmola y compra gracias y esparce pureza.
(CC 57,110-119, 31 Agosto 1931).*

Asimilación

1. Reflexionemos en lo personal lo que nos dice este texto, especialmente en este tiempo de gracia, meditando en la grandeza del amor misericordioso del Padre. Después compartamos en comunidad.

Oración final

¡Oh Jesús bueno, Jesús amable, deseable, santo y divino! Tu eres, sí el que late en estos momentos dentro de mi enamorado pecho. Como San Pedro se lanzó sin temor sobre las aguas por acercarse a Tí, cuando escuchó aquel delicioso y esperado ¡Ven! Así me arrojo yo a tus pies con todo el entusiasmo y energías de mi ser, seguro de no hundirme mientras tenga fe.

Si eres Tú, Vida de mi vida, te diré como el mismo santo, mándame ir a Tí, y después, sostenme Señor, y sálvame si comienzo a hundirme otra vez en el mar sin fondo de mis propias miserias y pecados. Cierto que yo “no puedo ir a Tí sin Tí”... pero extiende tu mano, cógeme del brazo como aquel santo, y aumenta mi fe en tu poder y amparo. Amén. (CCA) ♥